

# EL FÍGARO

## ACTUALIZADO DE NAVIDAD

Tomo I

SAN SALVADOR, MARTES 25 DE DICIEMBRE DE 1894

Num. 10

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi

Victor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

ISAIAS GAMBOA

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93, altos

"EL FIGARO"

Periódico Literario

Se repartirá todos los domingos por la mañana

Valor de suscripción, por mes: 18 centavos

Número suelto: medio real

Número extraordinario: 12½ centavos

Centro-América y exterior, por semestre: \$ 2

Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el mes

La administración queda, de hoy en adelante, á cargo de la Redacción

La colaboración para "EL FIGARO" será solicitada por la Redacción

En ningún caso se devuelven originales

## CAUSERIE

"¿Connais—tu le pays, où fleurit l'oranger?"

¡Oh, Mignón! Conozco ese país dorado donde florecen los azahares de nieve, conozco ese país donde se dan los mirthos! Lo he visto, todo lleno de encantos é idealidades, á través de mis sueños. Lo he descubierto allá, muy lejos, en la tierra del sol. Bajo el dombo de aquellos cielos, florece la gracia, entre azahares, entre mirthos, como una divina rosa solitaria. De allá viene la blancura de lino y el tinte moreno, incendiario, de los rostros; el rojo vivo y puro, rojo de mirtho, de los labios que aún no han besado por primera vez; el negro profundo y sedoso de las pupilas soñolientas.....

.... Leamos un lindo *romans*, una flamante novela de Pierre Loti, mientras llega la noche, y nos vamos, cabalgando, cabalgando, á través de la bruma dorada de los sueños, á ese país blanco, á esa tierra de los naranjos y los mirthos.....

¡Oh, Mignón! Llévame á ese adorable pedazo de tierra, tan lejano! Llévame, cogido de

tu mano como un torpe chicleo, á esos jardines vastos, para los cuales nunca hay invierno, sólo primavera, á arrancar flores y llenar mi cesto de mimbres! Llévame á ver, cómo se pone el sol tan temprano y cómo el alba, con sus dedos de rosa, desabrocha los botones y despierta la vida, que prorrumpe en ruidosos himnos de vida.

"¿Connais—tu le pays, où fleurit l'oranger?"

¡Sí, Mignón! Conozco ese país de sueños, y de esos azahares de nieve traigo repleto mi cesto, que vacio á vuestros pies, señorita lectora.

..

Ya es Noche Buena.

¡Noche Buena! Noche Buena! Noche de inefables, de dulces y muy gratos recuerdos! Bien venida seas!

Te recibimos en traje de fiesta y en nuestra casa; los niños buenos, te saludan, te rinden ovación.

Es de noche.

Las campanas llenan el ambiente con sus alegres repiques. Hace un viento frío y punzante. Envuelto, bien arropado en mi capa, me lanzo á la calle, á confundirme entre los grupos de gentes, que, alegres, endomingados, pasean y ríen, mientras la hora de misa se llega. Y paseo y observo.

Voy fumando tranquilamente mi cigarrillo, y veo todos aquellos risueños cuadros, atentamente. Grupos alborotados de niños pasan, sonando sus pitos, haciendo un ruido enorme y agradable. Vendedoras de ojaldres, dulces y montones de *ventas* vocéan en voz alta sus mercancías. ¡Qué hermosa noche! Casi me siento niño. Ardo en deseos de correr, de gritar, de hacer causa común con los chicos.

La hora de la misa se acerca. Las anchas puertas del templo dejan salir restos de la iluminación, ráfagas de notas severas que brotan del harmonium. Y adentro.....

En el hogar, mientras tanto, el árbol del buen Nöhel alza sobre la mesa del comedor sus ramajes verdes, llenos de juguetes, llenos de bombones. ... Y en la cocina se preparan los sabrosos manjares y se doran al horno los gordiflones pasteles de frutas, y el "pudín" de leche y miel, relleno de ciruelas. ¡Qué olorillo tan delicioso el que se sale! El olor que despide el pato que se fríe en la ancha sartén, ¡qué excitante! Es el día en que la abuelita se esfuerza. Hecha el resto de su saber, aprendido en un "Manual de Cocina" de sus bu-



nos tiempos. Ella es la que en casa impera ese día. Ella es la reina y señora. Hay que abdicar en favor suyo.

Señora abuelita: Haga Ud. lo que quiera, ordene lo que le plazca, mientras yo voy de paseo, sintiendo hoy placer infinito con rozarme, con darne de codazos con la gente del bronce, con tomar parte en aquel sano regocijo. Después de misa: la cena. Al rededor de la larga mesa se reunirá toda la familia. Ah! Habrá vacío un asiento en mi mesa! Faltará Cristina, la muertecita.

Esta, más que nuestra, es fiesta de los niños. Ellos se sienten libres, como pájaros en un bosque, en esta noche. Comen con papá, risueños, soñolientos, hartándose de dulces, sin que la mamá envidiosa les reprenda. Beben su vaso de vino, puro, que los hace emborracharse. Atacan, con bizarría, el rechoncho pastel de peras y el respetable "pudín." ¡Oh! ¡Lo que es un niño! Qué lindo es tomar asiento junto a uno de ellos y observar por toda la noche, sus movimientos! De un golpe de su manecita vuelca el vaso y os riega el vino sobre vuestro traje nuevo.

Noche Buena! Buena noche!

¡Y cómo, al sonar las tres de la mañana, después de terminada la cena y rezado el "padre nuestro," van á acostarse y colocan, con cuidado, en la ventana, el zapatito nuevo y el escarpín de seda! Pasará Nohël y dejará los presentes. ¡Qué ansias indecibles llenan aquellos pechos infantiles, mientras entornados los ojos, quieren dormirse! El sueño no llega aún, y ellos piensan en mil y mil cosas distintas, saltarines como mariposas, y se preguntan: "¿Qué dejará Nohël para mí? ¿Quién sabe! Mamá prohíbe que pensemos nada de esto." Y se duermen al fin. Y sueñan que un enorme buen ogro, con una formidable mochila de drill al hombro, sudoroso, jadeante, va repartiendo los aguinaldos. ¡Qué amable cara tiene ese hombrazo! El mostacho blanco ríe benévolutamente y la vasta bota de guerrero prusiano, hace gran ruido sobre la alfombra.

El amanecer es el día grande. Llena la casa una enorme algazara. Risas, gritos, lloridos, palabras sin terminarse, nombre dichos entre explosiones de carcajadas armoniosas. En ese amanecer la casa es una jaula en alboroto, una grande cháchara. Hay que huir, que parapetarse en un punto donde no pueden descubrirlo los chicos, y reirse y gozar uno solo. ¿Y la niña muerta? ¡Ah! De pronto en plena alegría, el aletazo de ese angel del dolor sobre nuestra frente, nos pone meditados. ¡Dolor, cuando los chicos ríen y gozan! Sí. Pero... Para Cristina irá el presente al cementerio, le llevaremos su aguinaldo. ¡Como verá ella, llorando quizá, desde el cielo, su hueco vacío en la mesa! ¡Cómo verá la muñeca endomingada que Fidelina arrulla, como una madre, en su regazo! ¡Cómo la escopeta de latón y el clarín, que suena, con aire marcial, el travezuelo de Salvador! La fiesta de Noche Buena en el cielo no es ni imaginable! Debe de ser aquella una feria como nunca podrá verse sobre la tierra! Y el juguete lo da el buen Dios en persona y la

Virgen Santísima y el rubio San José, repartiendo besos y confites!

Noche Buena! Noche Buena! Bienvenida seas!

Una noche azul.

El Teatro Nacional abrió sus puertas al público, con motivo de celebrarse, en su lujoso y coqueto recinto, la velada con que el "Colegio Normal de Maestras" celebraba el término de sus exámenes y la distribución de premios y certificados, la noche del domingo 16 del corriente.

Invitados anticipadamente, en atenta tarjeta, por la apreciable Directora doña Rafaela de Alarcía, fuimos puntuales. Como lo ofrecido, el telón se levantó á las ocho en punto. La platea y los palcos estaban llenos; una frase de cronista galopante: "de bote en bote." Entre las señoritas se encontraban: María Drews, Josefina Sagrera, Elvira Sagrera, Albertina Stich, Luz Alegria, Sara Bouineau, Tula Medina, María Stich, Teresa Drews, etc., etc. Entre las señoras: Julia de Trigueros, Estebana de Lagos, señora de Arriola, María de Araujo, Mercedes de García González, señora de Sagrera, de Stich, y más, cuyos nombres se me escapan. Los hombres, abundaron; "hubo de más."

Abrió el acto la señorita Joaquina Olmedo, con un corto y expresivo discurso, en que lució su claro talento y fácil estilo, que hemos admirado ya, más de una vez.

Después de los ejercicios calisténicos por los párvulos y las niñas del primer grado de preparatorio, llegó al turno á Cordelia Guirola, profesora del establecimiento. Recitó una hermosa composición á Cervantes, del poeta español José Velarde. Cordelia, suave Mignón! En sus rojos y primorosos labios, cómo vibró, con tanta pasión, la armonía de los versos! ¡Cómo se desgranaron, á torrentes, las perlas rítmicas de su voz de ángel!

¡Si el autor hubiese estado por allí! Ese señor autor, señorita Cordelia, de seguro que se muere de gozo al oír la á Ud! ¡Oír la recitar su poesía con tanta pasión, con esa voz suya tan agradable, con esos sus accionados cautivantes, con esa su suave timidez de musa que canta, entre amapolas! Ese sería el mayor triunfo, el más glorioso y simbólico laurel verde. Lo que fuera yo, en lugar de él, me vuelvo loco de pura vanidad.

La fantasía del "Fausto," ejecutada por la Estudiantina, resultó brillante. Deshojó á los pies de las gentiles artistas, mis rosas de elogios, rosas que crecen frías y heladas en los jardines del alma. Ante todo, como una azul del adorable conjunto: Hortensia Salazar, iguapa, guapísima! Muy retrechera y cautivante... Hortensia es el germen de una artista distinguida. Ejecuta brillantemente y sabe sentir.

Muy bien quedó Elisa Arriola al ejecutar al piano la gran fantasía del "Ray Blas." Es Elisa una adorable pálida, un capullo de rosa thé, que está para transformarse en mujer... Filomela se posa sobre el marfilino teclado de un Eban y gorgoea, traviesamente, una aria á la primavera.



Octavia Zaldívar, una joven diosa blanca, de ojos azules y labios rojos y carnosos, recitó un trozo de poema marmóreo, una rapsodia bárbara é imponente, una apocalipsis de lúas: "A Víctor Hugo" por el enorme Salvador Díaz Mirón, el león de la estrofa. Una paloma salena que se posa sobre la alborotada molena de la fiera montañesa y arrulla, con dulzura, acompañando el rugido cavernoso.

El galante Duque Job, dió un mazo de margaritas silvestres que deshojó ante nosotros, pensando en Dios, Romilia Silva, una graciosa morena. Margarita apasionada, arranca uno por uno los pétalos de oro, pensando en Fausto. "¿Me amará?" —se pregunta. Si, rubia Margarita; Fausto te ama! Y en tanto que Siebel deja en tu balcón de vidrios de colores, su fresco ramo de rosas, Fausto deja en el umbral de tu puerta, sobre la grada de toses piedra, la caja de raso tinto que cautiva, en su muelle colchón, las joyas tentadoras. ¡Sí, amigo Fausto; Margarita te ama! Deshoja, pensando en ti, una lámpara margarita de oro! Romilia recitó con propiedad "El Dios bueno y el Dios malo," una de las mejores y más aplaudidas poesías de Manuel Gutiérrez Nájera.

Tocó su turno a Sara Cortés, con la recitación del muy delicado "Viaje de la luz," de González Camargo, un notable poeta colombiano, que mereció, cabalmente por esa misma poesía, los más entusiastas elogios, de parte de don Juan Valera, el famoso crítico de España.

El lindo y sugestivo vals berlinés "Gente Alegre," fue ejecutado por la Estudiantina. Resultó admirable y fue aplaudido furiosamente. Fue pedida la repetición, á lo cual accedieron gustosas las artistas. Manos delicadas, de nieve y rosa, rompieron el collar de diamantes que se desgranó, como lluvia de gotas de rocío, sobre la alfombra.

Y después de la distribución de premios y certificados entre las alumnas maestras, y de un coro, "Blanca Luna," cantado por las mismas y dirigido por la distinguida maestra de canto, señorita Juana Olivares, la Sub-Directora Sta. María Alarza, cerró el acto, leyendo con voz clara y propia, un corto y bien escrito discurso. Salimos del Teatro cerca de la media noche, llena de gratos recuerdos el alma, llevas las pupilas de tantas siluetas hermosas.

Ahora, desde este rincón de la crónica, envío, en mi nombre y en el de mis compañeros de redacción, nuestras ardientes felicitaciones á la señora Directora, señoritas profesoras y alumnas del "Colegio Normal de Maestras," y les deseamos muy felices, muy agradables vacaciones.

Y hablo yo de esta noche, por puro compromiso. Lohengrin era el encargado de escribir esta crónica, pero se escabulló. Y así es como me tienen ustedes aquí, á los pies de tantas mujeres hermosas y de tantas niñas adorables, rindiendo homenajes y deshojando flores.

..

De blanco! ¡Oh mañanitas frescas de mayo! ¡Oh tardes rosadas de abril! ... ¡Cómo os recuer-

do! Cómo al ver florecer vuestras primeras lilas, mi alma posa con tu recuerdo amable!

De blanco visten los ángulos de blanco las vírgenes mundanales que se mueven y que se van al cielo. Blanca es la inocencia, blanca la pureza, blanca la niñez que corona las altas cimas del monte, blanca tu faz, blanca tu alma, ¡oh mi novia primera! ¡Oh mis diez y ocho añosidos ya para siempre!

De blanco vi que vestiste, cuando hizo su primera comunión, mi novia infantil. La vi y parecía una desposada. Más tarde, pasados algunos años, dos, tres, no lo recuerdo la vi vestida de blanco. ¡Oh Amal! Yo lo recuerdo bien. Cuando cumpliste diez y seis años, cuando te bajaste el vestido por mandato de tu mamá, me dijiste una tarde en que yo te esperaba en el jardín, junto á un frondoso rosál, lugar de nuestras citas: "no vengas más. ¡Mamá regaña!" Y meses después te vi cruzar las calles, llegar al templo del braceo de tu padre, vestida de blanco fino, coronada de azahares, velado tu rostro por un velo tenue, como aquella inolvidable mañanita de mayo, en que juntos hicimos nuestra primera comunión. ¡Dios á casarte. Alguien, más feliz que yo, había hecho la conquista de tu corazón. ¡Adiós, por siempre, tardes deliciosas de abril, noches placenteras de junio, pasadas en el jardín, en charla inocente! ¡Adiós paseos matinales, todos los domingos, al campo, en unión de tus papás, á beber leche fresca, recién ordeñada y á comer buñuelos de manteguilla! ¡Adiós mi mujer, mi Hebe, mis amores primeros!

¡Amal! De blanco vestías aquel día fatal, que hoy, á través de las brumas de mis recuerdos, se me antoja muy lejano!

El blanco es color místico. Blanco es el humo que brota del incensario que mueve el menaguillo y que va, en ondas caprichosas, á condensarse en las nubes, que blancas son también! Blanca es la faz de María Santísima, blanca la barba patriarcal del buen Dios, blanco el suave vellón del cordero encarnado, blanca, ¡oh mi novia primera! tu alma virginal, tus diez y seis años, que despertaron, asustados, tímidos, de su somnolencia, al rumor de teóte apasionados y al ruido de palabras henchidas de deseos.

Amal! ¡Recuerdas!

Y fué en mayo, cuando despuntaban las primeras lilas y se llenaban de agua clara los arroyuelos, un tanto secos, que corrían bajo la hoya sombría de la montaña, entre la grama mustia que resucitaba

..

Ya llega el año nuevo.....

Corriendo, saltando alegremente, gritando, viene el gentil chucuelo. Viene desnudo, en inocente desnudez de efeto, y sus carnes rosadas, parecen amasadas con pétalos de rosa. Viene presto, saltando, entre las flores; encaramándose, picaruelo, á los perales para saborear una fruta, hartándose de fresas frescas y bebiéndose el rocío que se queda preso en las hojas verdes y sedosas. El año viejo vuelve la espalda al sol, y se yaya,



ya, para no volver, al olimpo de los dioses caídos.

¡Ah! ¡Cuánta alegría, cuánto regocijo, al estallar en el cielo, la diana de luz de la aurora del primer día de Enero! ¡Cuánta alegría al cerrarse, entre vaguedades de ambar, el broche de la postrer tarde del frío diciembre, al darnos el pobre año viejo la última mirada que parece decirnos: "¡qué mal os he hecho para que así gocéis al despedirme!"

Esperemos. Aun faltan días. Diciembre aun nos acaricia con sus vientos fríos, aun nos da sus noches despejadas, de cielo lleno de estrellas. Aun, en nuestra casa, vagan los ecos joviales de las fiestas de Noche Buena. ....

CONDE PAUL

24 de Diciembre—1894

\*\*\*\*\*

## 24 de diciembre

Van los reyes magos guiados por una estrella; impulsados una fe ardiente y surcan los ríos y atraviesan las montañas y preguntan á los viajeros.

El camino de Belén tiene algo del camino de Damasco, va Saulo á realizar sus deseos y una claridad deslumbradora lo detiene. Ahora que marchamos tras ficciones seductoras, ¿dónde está la estrella de Belén? ¿Dónde la claridad que destino á Pablo?

Sienten las almas el frío de diciembre, y en estas noches, cuando afuera silba el viento y dedos invisibles tocan el cristal de la ventana, hay muchos árboles que se encierran en el hogar, muchas lámparas que ruedan tristemente, mientras el alegre son de las campanas llama á los favorecidos de la fortuna y á los favorecidos del orgullo á disfrutar de gozos de suyo efímeros.

Noche Buena llaman á la noche de hoy; debieran llamarla noche de la esperanza, porque esto de ser buena están sólo por la esperanza de que en pos de ella vendrán otras con menos dolores.

Es tradición en algunos países que en esta noche el anciano Santa Claus visita á los niños y les deja bajo la almohada un hermoso muñeco y repletos de confites los bolsillos. Tratan los chicos de ser buenos durante el año, para hacerse merecedores de los regalos.

Deseáramos que hubiera un anciano que en esta noche trajera para nosotros ricos presentes y que ahí nos llenara de ilusiones y sobre el libro abierto dejara al descuido lo que se necesita para no tener ideas tristes, lo que diera vida á esa esperanza que murió, perfume á esa flor marchita que recibimos en una alegre mañana de primavera y lo que por arte extraño lograra transformar en caricia tierna los golpes del desencanto.

¡Cantos del cielo, hacedme oír una vez más vuestra santa armonía! dice el doctor Fausto en

la noche de pascua; pero no recordaba el que flotaba sobre sí la montaña de sus desilusiones.

Este es el día en que los niños saben que se les formará su árbol enojado de luces, lleno de golosinas, el día en que se les permite, como á las señoras grandes, pasar una noche en blanco, irse bajo los abrigos al vecino templo y saben ustedes á qué á dormir de lo lindo en las doradas bancas, para contar mañana que se desvelaron.

A propósito de la fiesta de hoy por la noche, la Redacción de "El Figaro" había determinado que se formara un álbum de Noche Buena, algo como breves pensamientos para publicarlos en este número, que ofrecemos como aguinaldo á las hermosas lectoras.

Aceptada la idea, invitamos á un amigo nuestro, literato de aquellos cuyas obras vivirán mucho, porque mucho valen; y tomando á broma nuestro propósito, escribió esto: "A mí nunca me dejaron ir á la misa del gallo."

Es melancólica la noticia, quedarse entre cuatro paredes cuando todo canta, cuando en el templo se oyen las alegres notas del órgano y se entonan himnos de sin igual alegría, es para no olvidarlo nunca. Si nuestro amigo no fue á la iglesia en una noche como esta, vaya ahora; pero tenga cuidado de no perder su libertad y de no quedar aprisionado por los hilos flores que tienden las magas en noches de pasión y locura.

Debemos recordar á los amigos ausentes y á aquellos otros ausentes que se fueron al país de donde no se vuelve. Ellos han dejado varios sitios vacíos; conservémosles su lugar, que en espíritu estarán hoy con nosotros.

Como en la época de flores, justo es ofrecer muchas flores, y U., señorita, encontrará, cuando vaya al templo, un pedacito de cielo formado de heliotropos, donde lucen sus primores los nevados lirios; formarán alfombra, pétalos de perfumadas azucenas, que hacen languidecer de amor á los rojos mirtillos, y á los lados, sobre ricos tibores, camelias blancas y encarnadas dalias.

A un lado de la nave, en vez de pila de blanco armol estará el agua bendita en el cáliz de un jazmín.

Preciosas cortinas formadas de hiedra y artísticas coronas de azahares harán el adorno del templo, y al pasar U. las flores nuevas dirán: ¡qué hermosa es!

Cuando suene la campanilla y eleve el oficiante la oración más pura, entonces y sólo entonces deben pronunciar los labios un nombre dulce, á cuya mágica vibración siente el alma que desciende uno con un río benéfico. Ese rocío viene á regar las azules flores que trae en su cesto el año nuevo y que una deidad bienhechora distribuye entre sus predilectas.

Y como la noche ha avanzado, empiezan á palidecer las estrellas, y como aguarda la alegre cena en el hogar, urge despedirse, exclamando: ¡Gloria á Dios en las alturas y felices pascuas á las lectoras de buena voluntad!

LOHENGRI



## Sueños Dorados

AL POETA ARISTOCRÁTICO,  
D. MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

### I

Mab, la reina de las hadas  
y amiga de las doncellas,  
desde alto rayo de luna  
desciende en su carretela.

Esta noche es la visita  
destinada á las princesas,  
y ..... mirad como se pierde  
del palacio por las puertas!

Todos duermen, todos duermen;  
hasta el pobre centinela;  
y como es tan pequeñita,  
nadie á su paso despierta.

### II

Ved en la estancia nocturna  
á la celebrada reina,  
inspirando sueños rubios  
á la más rubia princesa.

Gloria sonríe dormida  
y modula frases tiernas. ....  
Parece que mienta un nombre ....  
¿Qué será lo que ella sueña?

¡Tú me lo dirás, buena hada,  
cuando á visitarme vengas,  
si eres también compasiva  
con los que el Amor enferma!

### III

Una noche hablóme la hada:  
"Melancólico poeta,  
tú, el de los alicres raros,  
¿sabes que alguien en tí piensa?"

Pues oye: es la princesita  
más linda de las doncellas,  
de los reyes adorada,  
que ha leído tus poemas.

De noche sueña contigo,  
y por ello está contenta,  
pues eres el favorito  
de sus amados poetas."

### IV

Dijo; y luego, entre mis sueños  
vi rodar su carretela,  
y abrirse de su palacio,  
cual por encanto, las puertas.

No vi más; pero en el alma  
sentí el pesar de su ausencia,  
en mi lecho al encontrarme  
ya sólo, sin luz, ni reina.

¡No me traigas ya más sueños  
tan hermosos, hada buena;  
que esos sueños, á los tristes  
les aumentan la tristeza!

MIGUEL M. LUNA

Lima, Invierno del 84.

~~~~~

## Navidad

(+DE MI TIERRA.+)

A Eusebio Bracamonte.

La ciudad está al pie de una colina siempre verde que se alza al occidente, y que es el paseo favorito de las niñas y de las damas, de los jóvenes y de los muchachos, de todos en fin. Desde allí puede verse en toda su magnificencia el dilatado valle, con su horizonte delineado apenas en una lejanía muy azul.

En lo alto de la colina está edificada la capilla de San Antonio, que en las noches de luna se divisa como una paloma blanca posada en el gramal.

Era noche de Navidad.

Desde temprano iluminaron el frontis de la pequeña iglesia con faroles de colores distintos; y se veía como un altar. El trayecto por donde debía subir la procesión,—un ancho empedrado en forma de zig-zag que llamamos los *quinagos*, estaba también lleno de luz; á uno y otro lado habían puesto mecheros encendidos que iluminaban casi toda la colina. Se esperaba el nacimiento con grande ansiedad.

En otras iglesias se celebra la fiesta con mucha pompa y esplendor, pero casi todos prefieren ir á San Antonio. Allí hay más sencillez y más encanto; más humildad, pero más poesía.

En cada templo hay una celebración. Los devotos del barrio correspondiente designan á un hombre y á una mujer, generalmente jóvenes, y, también generalmente novios, para que en la noche del nacimiento lleven á la Iglesia al Niño-Dios. Por esto se les llama *padrinos*. En la casa de alguno de los dos hacen una especie de altar rústico y simbólico llamado *pesebre*. Allí colocan la imagen del divino niño, mientras llega la hora de llevarse á la Virgen y á San José, que están, allá en la Iglesia, en el altar radiante. El recién nacido no va solo con sus padrinos; lo acompañan dos largas filas de *pastoras*—niñitas las más lindas del barrio. Pondrán ofrendas al pie del







honrado tío Lucas, que no toma un trago durante todo el año, debe estar embriagado, completamente embriagado. ....

—¿Y eso por qué razón, tío?—le interrogamos.

—¡La razón! .... Acompañadme primero á apurar una copa. Ya os contaré la "triste historia."

—¡Salud! salud! Por el tío Lucas!—exclamamos todos.

Dos gruesas lágrimas rodaron de los ojos del anciano.

—Eche afuera el cuento, viejito,—dijo uno de mi amigos, luego que hubimos apurado las copas de *San Jerónimo*.

—Atención, atención, gritó otro de los muchachos.—Oigamos la "triste historia."

—Era una noche de pascua.—Dijo el tío Lucas suspirando.—Cuánto me proponía gozar esa noche! En mi casa había nacimiento. Un cura debía llegar á las doce á cantar gloria. Un coro de chiquetas vestidas de blanco estaba listo para recibir al Niño con aquellas canciones que tanto alegrán el alma. Mi esposa, mi hija, mi Eloísa, aquella criatura tan hermosa, como jamás he contemplado otra igual! ... ¡Han visto ustedes esas vírgenes de Concepción que vienen entre esos cuadros que nos mandan de España? Esas vírgenes que están en pie sobre una media luna, con la cara como mirando al cielo, rodeadas de nubes blancas y sonrosadas donde se asoman serafines y ángeles que riegan flores? pues así era mi hija! oh sí! era bella, soberbiamente bella: era el encanto de mi hogar, el orgullo de Xelajú.

—¿Y cuánto hace que murió?—interrumpió uno de los oyentes.

—No lo sé—replicó el viejo.—Apuremos otra copa, que ya la noche avanza; y ya sabréis lo triste de la historia. Y el anciano llenó las copas de todos, y, con un *salud* muy quedo, tomámoslos, quedando luego en profundo silencio.

—Fuea bien—continuó el tío Lucas—como les iba diciendo, esa noche nos proponíamos gozar mucho, y qué buena cena teníamos! y qué orquesta! y qué nacimiento tan precioso! pero el Destino se empeñó en que ésa fuera para mí la noche más negra de mi vida. Acababan de dar las once. Los convidados empezaban á llegar. Con impaciencia esperábamos al cura y á los músicos cuando vimos pasar, dirigiendo miradas escudriñadoras, uno por uno, muchos hombres que por las trazas parecían malvados: uno paróse en la esquina, otro más abajo, otro al frente, cerca de un zaguán, los demás doblaron la esquina á la izquierda. Por aquel entonces las calles de Quetzaltenango eran oscuras, lóbregas, casi puede decirse que infundían espanto. De repente, mi hija, que estaba en la puerta dió un grito horrible, y cayó exánime. Andábamos presurosos, mi esposa y yo, luego á la casita, y levantamos á la pobre y la condujimos hasta su cama. En seguida dirigíme á la puerta, y al no haber sido mi hermana la que cayó, quise saber por qué, por la esquina

de la plaza, desfilaban, alargándose y encogiéndose, unos fantasmas que parecían frailes y otros que parecían hombres encapotados, talvez esbirros. El miedo fue invadiendo mi espíritu; recordé que en el pueblo corría la especie de que de la plaza, los miércoles y los viernes, al acercarse la medianoche, se veía salir por la esquina de la parroquia, una patrulla de fantasmas, que la gente suponía ser los espectros de aquellos municipales que hacía poco habían sido fusilados de orden del General Carrera, en la misma plaza, y en el lugar mismo donde se encuentra ese obelisco de piedra, que no tiene inscripción alguna. El miedo fue aumentando á tal grado que el cabello se me erizó. Luego los enormes fantasmas que parecían frailes y los hombres encapotados se me fueron aproximando; entonces quise gritar y sentí que una mano férrea me asía de un brazo, ví que los fantasmas, achicándose y dejando sus vestiduras tálares, se precipitaban, convertidos en malvados furiosos, sobre mí para maniatarme y llevarme lejos, muy lejos. Y hombres enmascarados penetraron en el interior de las habitaciones, y oí un grito, luego sollozos y .... ya no sé lo que pasó. Cuando volví en mí, estaba tendido sobre un gramal en la llanura de "La Oñega." Dirigíme á casa y encontré la puerta cerrada: la empujé y abrióse inmediatamente. ¡Dios mío! qué crimen el que se había consumado! Mi esposa muerta! mi hija, mi Eloísa, mi virgencita, el tesoro de mi hogar, no estaba, ¡se la habían robado! ....

Y el tío Lucas se echó á llorar como un niño.

—Otra copa, tío! otra copa!—exclamamos nosotros—y acábenos de contar la "triste historia."

Y inmediatamente pedimos dos botellas de *San Jerónimo*. Un amigo sirvió las copas.

—A la salud de los devotos de *San Jerónimo*!—dijo uno de nuestros compañeros más parlanchinos.—Salud, contestó el viejo sollozando. Luego, se enjugó las lágrimas, y continuó: "A mi cara hija no la volví á ver. Al día siguiente los frailes habían hecho correr la noticia de que los diablos habían penetrado á medianoche en mi casa, porque yo, decían, estaba cometiendo pecados delante de la imagen del Niño Dios, y que los mismos diablos habían cargado con mi hija por irreverente, ¡ah infames! y que yo había sobrevivido para ejemplo, y que mi esposa había muerto del susto, al ver entrar á los demonios echando fuego por boca y narices. ....

"¡Malvados! para coronar la obra, los esbirros del tirano que entonces dominaba á Guatemala, me pusieron preso. Salí de la cárcel hasta que estalló la revolución de 1871.

"Desde entonces atormenté á los frailes y á los tiranos."

En esto dieron las doce, y continuados, nos despedimos del tío Lucas, y nos fuimos á recorrer las calles de la ciudad.

J. Antonio Sologuren



## A un rayo de luna

Empía cinta de plata que te prendes  
Como cascabele de luz á su ventana,  
Y curioso te asomas, y descomiendes  
Al lindo camarín de mi sultana:

En altas horas de la noche, cuando  
En los brazos del sueño ella descansa,  
Llega á su blanco lecho, é iluminando  
Dulcemente su estancia, avanza, avanza:

Besa su cabellera destrenzada,  
Besa sus ojos y su boca roja,  
Su seno, de blancura inmaculada,  
Donde su virgen corazón se aloja.

Y si en la ancha paz de aquel retiro  
Oyes que, como música del cielo,  
Se escapa de sus labios un suspiro,  
No tardes en tender hasta mí el vuelo.

Ah! te oigo esa queja desprendida,  
Ese suspiro que turba su calma,  
Que yo lo guardaré toda la vida,  
Como en un relicario dentro el alma!

VICENTE ACOSTA

## Canción de Mayo

Mignón, adorable reina de Mayo,  
Te he visto pasar triunfante, vestida de mayo,  
Como una desposada, bajo las arcadas,  
Follajes á las caricias de la Primavera.

Te he visto pasar, adorable reina,  
Rozando, con tu canastita de mimbre,  
El brazo, que es la roca para el altar de la Virgen,  
Marie. Te he visto cortar los azahares de mayo,  
Y los mirihos voluptuosos...

¡Oh reina de Mayo!

Has al templo una mañana; cuando el alta  
prelucía en el cielo: así, en plena luz y,  
desde invisibles, despertaban las pidiendo en los  
naranjos en flor. Has al templo, blanca, blanca, á  
hacer tu primera comunión...

¡Oh Mignón!

Después te vi sola. Has por la florada Vir-  
gen, camino del viñedo. Has cantando suave-  
mente, suavemente, como tararea un pájaro, á la  
sordina, su canto glorioso. Has cantando y cor-  
tando flores, como una Ofelia II. Has vendi-  
éndolas. El gajo de uvas negras, hidrópica de  
madurez, no era tan hermosa, ni tan negra  
como tus ojos? ¡Oh Mignón! Y te vi, recogida  
la falda, con tu delantal azul, cortar los ramos y  
enchufar en tu vaso. Y probé, á lo desamado,  
una uva. ¡Ah! ¡No era la favorita de los labios  
de grana, más dulces que los dejes de miel de tus  
bocas!

¡Mignón!

Te vi después, al principiar Mayo, al des-  
pertar las primeras lilas, al reventar las primeras  
zaharas. Eras Diana de Mayo, á esas vestidas  
como una reina, coronada de blancas rosas, le-  
vando en las manos, como un astro, una  
vara de nardos. Y te adoré. Cuando pasaba  
por la floresta, rodeada de aldeanos y aldeanos  
que cantaban un himno en tu honor, me puse  
de rodillas ante ti, y arrancándome del ojo de  
mi levita el ramito de violetas que mi madre me  
había prendido esa mañana, lo arrojé á tu paso.  
Estrujé tus pies diminutos, calzados de sol.

¡Oh reina de Mayo! ¡Oh sultana de las flores!  
Y después te vi. Tus labios rojos bozaban  
cascada de risa cristalina que sorprendía á los  
pájaros. Tus manos blancas no se cansaban de  
cortar azahares y mirihos. Has llenado tu canastita de  
mimbrres. Tu falda rozaba las flores que con el  
mortal de voluptuosidad.

Y preguntabas con voz harmoniosa, mientras  
tus ojos miraban travesamente y me precedías  
en la solapa de mi levita un azahar de mayo:  
"¿Conoces tú el país donde florecen los naranjos?"

¡Reina Mignón, señora mía! ¿Conoces tan  
bien como tú ese país. En él, bajo aquel cielo,  
entre aquellos naranjos en flor y aquellos mirihos  
lujuriosos, te conocí, una mañana de Mayo,  
cuando ibas á la vendimia, con tu vaso debajo  
del brazo y tu delantal de zaya azul, cantando y  
riendo, como una colegiala escapada.

ANTONIO A. AMADOR

## Manas Blancas

—Ya te dejó ahí el agua para que te laves el  
labio y la boquilla. Pasa tu ropa sucia sobre la  
"la"; acuéstate para que despiertes temprano, y  
rosa. ¡Ya te enjuagaste la boca! El libro de  
mis que te regalé tu día será en el cajón del ba-  
ño... Buenas noches, me llevo la vela. Y te  
dejo á descansar la pierna, dando un beso á  
cada una.

—¡La mano, mamá! ¡Hacen mañana. Me des-  
piertas temprano, qué! Tomemos que estar á las  
diez en punto.

¡Cuántas emociones, Dios mío! Al regresa-  
las en la memoria, la pequeña Jota sentía sus  
medullosos nerviosos: una ansiedad misteriosa  
la experimentaba el resaca: las leyendas de las  
días ó las extrañas aventuras de aquellos años  
que en los cuartos, cuando que habíamos con  
gracia de un solo... pero esta emoción no era  
inspirada por amor, sino por una verdad...

Muchas veces he leído que el cura San-  
tito, en el catecismo de los jóvenes, que la con-  
fesión era el acto trascendental. "Y vos, pediatra,  
vos á los niños que se acercan á su papa y le  
dicen: papá, yo rompí la teta pero ya no lo vuel-  
vo hacer? ¡Se me cayó...! El papá con una  
voz muy dulce, les responde: "cuidadito con eso...  
los papá y los llave al baño como los bebés."



prometido. "Así, hijitos míos, ese papá incomprendible, eterno, omnipotente, justiciero, es al que vamos a acudir y a decirle que hemos roto la pureza de la conciencia. Nos dirá: no lo llores porque perderás mi gracia... Y nos llevará al cielo, no al teatro, ese lugar de inmortalidad, sino al empíreo, donde tocan melodías suavisimas las angélicas orquestas; mil sales iluminan el célico escenario, y las almas sienten los inefabiles placeres de la contemplación eterna de Dios nuestro Señor."

Julia no podía formarse una idea exacta de aquellas frases, sólo sentía un gran respeto y un gran cariño por aquel Señor de barbas blancas que era Dios... y luego los infernos! Se tapaba la gentil cabezita con las colchas y ponía la cruz al espíritu maligno. ¡Qué le podía hacer! El ángel de la guarda (eso también lo había dicho el padre Sambenito) ahuyentaba con su espada de llamas al rey de las tinieblas, y velaba así el sueño de los niños.

Llegó el día; mañana y tarde se encerró en un cuarto, pensó en todas las palabras malas que había oído en la cocina, en los golpes que le había dado a su mamá, en el muñeco que le rompió a su hermanito por tal de que no jugará con él; las voces que había desobedecido a su mamá que le prohibía las conversaciones con la hija de la portera, el robo del chocolate y el dulce de la despena, su falta de aplicación en la escuela, los gestos que le hacía a la maestra cuando ésta no la veía, las mentiras: le contó a Pepita Robles que tenía casa de muñecas, y eso no era cierto... La vez que se rió de aquella señora que se tropezó en la iglesia.

¿Cómo haría su confesión? ¡Por escrito! Pero no sabía escribir bien. ¡Dios mío, qué pecadora era! ¡Qué vergüenza! Las niñas del colegio quizá no iban a acusarse de tantas cosas, y ella, ella era la más culpable; ¡qué vergüenza!

Al entrar en la iglesia le parecía que todos los santos la veían enojados; hasta aquella Magdalena otras veces de semblante tan dulce.

La iglesia oscura, desierta; la lámpara pendiente ante el sagrario, el viejo reloj con su péndulo del tamaño de un sol, balanceándose dulce, discretamente, sin ruido, hasta que se oía *traa!* después un ruido de cuerda que se desenvuella zumbando, y *tín, tín, tán, tín, tín, tín*, las cuatro y cuarto que sonaban las campanas graves... Un pajarito, piando en las cornisas, hacía levantar la vista a las pocas señoras que rezaban; ríng; ruido de llaves, grandes cajones que se abren en la sacristía y un cuchicheo en el confesionario, era el padre Sambenito, pegado al ojo en la rejilla, con una mano cubriéndose la boca con el pañuelo á cuadros azules, y la otra recargada en el libro de oraciones lleno de cintas de color... Las niñas desapareciendo tras las capuchas de sus tápalos, y él, oyéndolas, mirando vagamente los juegos de luz en los vidrios de colores de las ventanas; las confesadas allá en el rincón rezando su penitencia con mucho fervor, las otras sentadas en el suelo, cubierto el rostro por la mantilla y agrupadas en torno del tribunal de

la penitencia. De pronto, alzaba el padre los ojos, mirábalas un rato, echaba una benciclon, cerraba una ventanilla y daba un golpeito en la otra. La penitente se alejaba con los ojos bajos y una nueva se acercaba a su vez. ¡Qué ruido hablaba la Juanita! ¡Méndel! había escuchado las palabras: ¡mucho pecadamente! Torcieron que taparse los oídos. ¡Qué, se oía lo que todas decían!

Se llegó su vez... ¡Qué le confieso al padre! Ni ella misma lo sabía. Todo se le olvidó, y tuvo que decir: "acúsame, padre, de todos los pecados que yo me acordó."

—Una estación de penitencia, y se alejó con los ojos bajos, decidida a no pensar más...

Las niñas deben haber leído todas sus faltas en la frente: estaba roja y apenas tuvo tiempo para dejarse caer de rodillas junto a un asiento de barbas blancas, con un idealo y un cerdo a los pies: San Antonio Abad.

¡Qué luchas! Sin querer se le habían salido palabras duras, había mentido; pensó en las confesiones, esas que no debe hacerse después de un acto tan grande; no había dicho completo el *yo pecador*; se comparó que el diablo, envidioso, le presentaba ocasiones de pecar, pero de que servía! Ella (lo había dicho el padre Sambenito) estaba blanca como el Cordero del Señor, la paloma, emblema de pureza... Y cuando sintiese tentaciones debía decir: *¡Resistencia!* y el demonio mordiendo de rabia, azotándose, caería a los abismos... ¡María me saludó sería! ¡Qué culpa tengo yo de que mi traje blanco sea más o menos bonito que el suyo! ¡Ay, es una envidiosa! Qué horror! había hablado mal del prójimo y eso era pecado! Ángel de la Guarda, defiéndeme; el diablo me tienta. *¡Resistencia!* Y se quedó dormida...

## II

En las rendijas de la puerta encendió el alba pálidos rayos de claridad. Ella despertó. ¡Qué horas serían! Tuvo que apretar los labios al lavarse para que no le entrara agua, porque así interrumpía el ayuno. Todos dormían en la casa; sólo en el cuarto del baño los pájaros armaban una alharaca atroz en sus jaulas cubiertas por trapos. Llamaban la primera misa en la iglesia. Todavía brillaban algunas estrellas como gotitas ardientes en la bruma pálida y dorada del amanecer... Debía hacer mucho frío... Los vidrios estaban opacados por el vaho que se fundía en lágrimas... No habían apagado la veladora de porcelana, señal inequívoca de que su mamá no despertaba, y de pantillas se acercó al cuarto... ¡Todos dormían!

En la media luz nada se distinguía. ¡Dónde estaría el abrochador para las botas! Tal vez en el alhajero de cristal... ¡Y las ligas! ¡Se habían olvidado! ¡Malot las cintas de los enaguas estaban hechas un nudo. ¡Mamá! ya es muy tarde... Momentos después, la mañana resía en el cielo azul. En las macetas, en las vidrieras relampagueantes, en florones de la alfombra, en todo... ¡qué día tan azul! ¡qué nubes tan limpias! ¡qué tonos dorados tan tiernos en las cornisas blancas



de la azotea! Todo era luz; hasta ella, flor matinal, tenía la blancura de la nube en el crespón flotante, vaporoso del velo; el azul puro de los ojos en el alma; el gorgéo del ave en el labio.... y las tintas suaves, la luz tranquila en la mirada..... Todo era blanco: el velo, el listón, el gros del vestido, el encaje. Parecía una filigrana de nieve, un juguete de porcelana, una miniatura en mármol y oro..... el oro en los cabellos, lo immaculado en el traje.....

## III

Todas se arrodillaron; parecía que una nube de incienso se había tendido en las alfombras desbordando el lino del comulgatorio..... Era una bruma de velos, sólo manchada por la nota obscura de los cabellos rubios..... La luz tenía caricias para el estuco pálido del altar, prendía estrellas de oro en cada cornisa, en cada candelero; arrancaba chispas de color á los prismas del candelabro; parecía incendiar el cáliz, y en medio de aquellos reflejos, el padre Sanbenito, anciano, blanco, grave, envuelto en la casuya de bordados brillantes. Las ráfagas del Sol dibujaban su banda diagonal en el espacio, rompiendo nubes de incienso: parecían un chorro de luces de Bengala al inflamar los vidrios de colores.... El padre descendió lentamente la hostia pequeña y alba: el monaguillo rojo al lado..... la patena arrojaba sus reflejos á aquellos rostros de siete años, perfilaba dulcemente los entreabiertos labios, alargaba la sombra de los ojos bajos..... mientras el órgano, con acentos poderosos de guerra, hacía retumbar las bóvedas.

¡Qué hermosa la mañana al salir! ¡Qué orgullo en las frentes maternas! ¡Qué triste el mutilado que pedía limosna en el atrio!..... ¡Qué sucias las muchachas curiosas que encontraron al paso y que no habían hecho su primera comunión.

Los salones del colegio estaban inconocibles: las mesas tendidas, las tazas azules coronadas de flores, el techo con guirnalda, las paredes con banderolas y coronas de ciprés, el altar de la Virgen como una ascua, y el suelo sembrado de amapolas pisadas, pétalos de rosa manchados de ladrillo..... La música de cuerda en la otra pieza.....

—¡No vayan á escupir enjuáguese la boca antes del desayuno! ¡María levanta á Marta; no alcansa la banca! ¡Los velos guárdenlos en la clase de geografía! ¡Ponte la servilleta no te vayas á ensuciar! La que no esté en orden no se desayuna!.....

Los gritos se cruzaban; el erizado, mandil blanco, hacía equilibrios para pasar los chocolates llenos de flores, los canastillos de los *brioques* estaban vacíos; había niñas que comían pan á secas, otra lloraba porque se le había volteado el chocolate en el mantel; una hacía la confidencia de que iban á llevarla á retratar después del desayuno, y el cálculo de cuánto habían costado las botas de Luisa. La maestra con delantal blanco dió un golpe; era la señal para cantar el coro: ¡Oh Virgen María! etc., acompañado por la pro-

fesora de solfeo en el vigésimo clavicordio de la *Amiga*. Los niños cantaban con la boca llena de pan, hasta que Juanita desenrolló el papel atado con un listón azul. La pequeña alocución, compuesta ex-profeso para el acto por el profesor de escritura, concluía así:

“Llevais una estrella en la frente: la de la pureza; la vida es un mar. Recordad en las horas de borrasca este día, y que no naufrage esa estrella que, como la de los magos, os llevará al cielo.”

La vida es una borrasca, es verdad: los recuerdos tristes, la duda, el pesar, son sus olas más amargas; las sombras se hacen en el alma; todo parece haber naufragado, haber muerto.... Cuando en esa sombra en esa agonía, no aparece una memoria así, blanca, pura, querida, como las niñas de velo de crespón que llevan una estrella en la frente; cuando no se avocan esos cuadros místicos de la infancia; cuando el alma es un templo vacío, mudo, sin incienso y sin creencias..... entonces se dice con una amargura incurable: ¡he naufragado!

ANGEL DE CAMPO

## El gran secreto.

Del corazón llamé á la puerta,  
Donde amorosa lágrima vertí,  
Y era una roca que jamás abierta  
En mi angustia ví.

Cuando me consumía la ansia loca  
Otro, lleno de júbilo, llegó;  
Cogió un diamante, y al rayar la roca  
Su corazón se abrió!

SAMUEL VELARDE

## Cuentos de noche buena

A RAMONA

María To... mi preciosa discipula de once años, me dijo en una vez en el salón de su casa:

—Oiga, Ud.: hoy es noche buena, velaremos hasta que cante el gallo, y espero que Ud. me contará unos cuéntecitos. ¡Verdad?

—No sabes, le respondí, lo que me pides. Eso es muy difícil. Se quiere cierta gracia y genio para ser buen narrador. Mejor, si quieres, leamos algún cuento de Andersen ó de las *Mil y una noches*.

—No, me dijo, Ud. ha andado mucho, y debe saber muchas cosas. Un cuento suyo quiero.



Y fueron dichas las últimas palabras con un tono dictatorial que no dejaba lugar á réplica.

Yo quería mucho á mi discipulita. Oyendo sus candideces de ángel, contemplándola formal en su silloncito, con el libro en las manos, ó inclinada sobre su pizarra, día por día, me acostumbré á quererla como un padre á su hija mimada.

Hasta que somos hombres, y tenemos discípulos, podemos comprender cuánto abnegación, cuánto cariño, cuánto amor se tiene por un discípulo.

Cuando ya desengañado y triste he visto á un maestro de escuela rodeado de sus discípulos, he recordado con tristeza las dulcísimas horas de mi niñez fugitiva.

El maestro era un joven lugareño que nos enseñaba los lunes y jaeves Aritmética, por Dominguez, los martes Moral y Urbanidad, por Zamacois; los miércoles y viernes Gramática castellana y Ortografía por la Real Academia Española, edición de Bouret, y el sábado, por la mañana, ejercicios de Aritmética y por la tarde el histórico Ripalda. Todos los días, á tarde y mañana hacíamos planas y cuentas. El domingo íbamos á traer pino de las cereanas colinas, ó á bañarnos en un abundante arroyo, llamado "*Agua dulce*", en la poza de "*la niña Raquel*". En el camino jugábamos á guerra, ó íbamos buscando nidos de torcazas ó panales cuyas avispas muchas veces nos picaban hasta los ojos.

El maestro nos veía con cierta complacencia paternal, desde el pie de un pino, donde regularmente se sentaba. Al entrar á la poza hacíamos una bulla infernal. Menudeaban los *golazos*, ó jugábamos á la *berruga*. Cuando alguno salía emberrugado, la algazara, los gritos, rizotadas, y chillidos era insoportable. El maestro nos llamaba, pero nosotros nos hacíamos los sordos. El se dejaba, y nos contemplaba pensativo..... Después he sabido que el maestro había perdido á sus padres, y que hacía muchos años estaba lejos del pueblo que lo vio nacer. Entonces comprendí porqué el maestro nos veía con tristeza y entraba en hondas meditaciones. Tal vez pensaría en el porvenir de todas aquellas creaturas inocentes.

Volvíamos por la tarde. El sol doraba las cumbres de las montañas vecinas, las golondrinas rozaban con sus pardas alas la verde llanura, el guaco cantaba en la copa de alguna encina ó en la rama seca de un viejo ocote.

Cuando María Teresa me hablaba, traía á la memoria todos estos dulces recuerdos, y entonces me abandonaba á sus caprichos y pensaba en su porvenir.... ¡Pobrecita! Tal vez iba á ser desgraciada.

Volví á la casa á las ocho de la noche. María Teresa me espiaba, observaba mis movimientos con impaciencia hasta que al fin logró atraparme.

—Ahora sí, me dijo, no se levanta Ud. de aquí sin contarme cuentos.

Como Dios me ayudó, me puse á inventar mentiras, de las cuales transcribo aquí algunas.

## I

Todos los niños que se mueren, al llegar al

cielo, ordena Dios á San Pedro que les ponga alas color de rosa y les enseñe canciones muy bonitas. Los niños andan por los jardines volando sobre las flores como las mariposas, pero es preciso saber que las flores son de azúcar y que las frutas son confites, panecillos de leche ó tartaritas de almendra. El hermoso río tiene por arenas diamantes y cornelinas de diferentes colores, que á los rayos de un sol eterno, cuya luz no da calor, se encienden en profusión de luces, y, semejan las riberas, un arco iris extendido á los costados del río.

Jugaban cierta vez los niños con un angelito que habían encontrado de paseo en una estrella, cuando oyeron resonar por todos los confines del empireo músicas nunca oídas, cantos que no podemos concebir. Una explosión de luz repentina apareció en el Oriente, y los mundos entonaban el himno inmortal al Ser Supremo. Una estrella que los niños siempre contemplaban con tristeza por su palidez, se iluminó de repente como nuestras lámparas eléctricas en las noches oscuras. Era la tierra, este valle de dolores y tristezas....

—Pero porqué era tanta alegría? me preguntó, interrumpiéndome, María Teresa.

—Pues, simplemente le dije, por que eran las doce de la noche del 25 de diciembre del año primero de nuestra era. En un establo de un pequeño pueblo de la Judea, lejos de la sociedad, sin más compañeros humanos que un venerable anciano y una preciosa virgen de quince abriles, desnudito, tiritando de frío, había caído del cielo un niño, cuya frente estaba iluminada por un nimbo de luz celestial, cuyos preciosos ojos aceitunados tenían toda la ternura, toda la divina reverberación de lo infinito. Su preciosa boca parecía un capulito de rosa, y su cuerpecito tenía todas las preciosas formas de los niños que pintaba en sus cuadros el inmortal Goya.

Aquel niño era JESÚS, el Redentor de los hombres.

## II

La mañana estaba luminosa. El mar verde obscuro, parecía un mar de aceite. Los negros alcatrazes se cernían en el aire, blancas garzas se chapuseaban en la orilla y las gaviotas se balanceaban como barquitas-miniaturas en la superficie inmensa del océano. En el muelle había un hervidero humano. Niños agarrados á las manos de las mamás, gordos comerciantes, de mejillas encarnadas y sombreros de fieltro. Jóvenes de patillas, con libros bajo el brazo, y mozos de cordel arrastrando cajas, baúles, balijas, y gritos y.... la mar.

El vapor se balanceaba allá lejos, esperando las lanchas que nos debían transportar. Varios viajeros bajamos á la lancha de la Comandancia, que bondadosamente nos había ofrecido el Capitán del Puerto, un capitán de finas maneras, de poblada barba negra, de tez quemada por el sol de los trópicos, y en cuyo rostro se adivinaba la energía de carácter.

Entre los pasajeros de la lancha iba una hermosa señora de origen francés con un lindo chi-



quitita, como de diez años, de ojos azules, cabellera aurea y de cuerpecito muy mono. Vestido de blusa azul garibaldina, pantalón corto de paño negro, medias del mismo color y con un sombrero de paja, de anchas alas de las que pendían dos largas cintas negras. Tocome en suerte quedar junto á aquel gracioso niño, con quien entablé conversación y de quien fui gran amigo.

Desde ese día ya no nos separamos. Su señora madre, que era muy bondadosa y educada, algunas veces llegaba á creer que el niño me molestaba, pero es que no sabía mi adoración por esos pedacitos de carne animada. El nene me hacia tales piruetas que con él hasta olvidaba mis tristezas.

La señora deseaba leer algo, pero en francés, porque no entendía el español. Dichosamente entre mis libros llevaba en aquel idioma el Werther, cuyas páginas no dejaron de arrancar alguna lágrima furtiva á aquella señora en extremo sensible.

Yo, por andar con el nene me había olvidado de mis autores favoritos. ¿Qué libro más digno de estudio que el corazón de un hombre germen?

Carlos, que así se llamaba el vicho, me contaba muchas cosas, y por su carácter caballerezo, soñador y valiente pensé que con el tiempo el niño sabría soportar con fortaleza los embates de la suerte.

Yo tengo excentricidades particularísimas. Amo los peligros. Un abismo me atrae, me llama, y siento cierta voluptuosidad con el frío que producen en nuestro sér las cosas sublimes. En mis queridas montañas, cuando de viaje, durante el mes de noviembre silbaba el huracán y pasaba desenajando bosques, y ahullando como un endemoniado por las sinuosidades y las vertientes de los cerros, sentía un placer indefinible, y deseaba convertirme en una hoja ó tener alas para volar sobre el huracán desatado.

Después de varios días de navegación, alcanzamos á ver las costas, término de nuestro viaje. Al siguiente día desembarcáramos. Al ver la tierra casi á un tiempo se oyó á toda la multitud, apoyada, sobre el puente del vapor, dar el grito que hace cuatro siglos se oyó frente á la Isla de Guahanani *¡tierra!*

Por la tarde el cielo empezó á nublarse. Como bandadas de aves negras llamadas por una voz, las nubes fueron apiñándose en el horizonte que á poco rato estaba obscuro y estrecho. A poco un trueno lejano se dejó oír á lo lejos, en seguida otro, y otro, y otro. Los rayos se desgajaban en racimos como miríadas de serpientes de fuego, la lluvia caía á torrentes, el huracán rugía en los cables y el vapor crujía.

Las mujeres doblaron las rodillas y se pusieron á orar; algunos tipos que habían hecho durante el tránsito el papel de *libre pensadores* se cruzaron de brazos y rezaron con toda devoción....

Un personaje interesante dejaba olvidado. Era un vejete de cuerpo pequeño, de cara redonda, donde bailaban dos ojitos negros y vivos como los de un mono. Su sombrero amarillado por los años era de una forma indescriptible. En su

gabán hubiera hallado Goethe bastante material para su teoría de la luz. Llevaba bajo el brazo una pequeña balija. En ella traía todo su capital reducido á peluconas españolas, letras de cambio, ricas alhajas y piedras preciosas.

Era el tal un avaro redomado. En todo el día no se separaba de su balijita la acariciaba á ratos con cariño paternal y nunca sacaba ni una moneda de ella. Con decir que había tomado pasaje de última clase y que nunca compró ni una nuez, está dicho todo.

La noche de la tempestad, cuando se convenció de que talvez naufragaríamos, en vez de prepararse con ánimo fuerte ó de buscar algún consuelo en la religión, se arrojó de bruces sobre la balija y se puso á chillar á moco tendido.

En semejante tribulación ninguno puso atención en el anciano.

Yo, deseando contemplar aquella lucha sublime de los elementos, me dirigí á cubierta. A pararme al pie del mástil para sostenerme iba, cuando ví una pequeña sombra acercarse. Era Carlitos que me seguía. Como el huracán era tan fuerte amarré al niño con mi banda y yo me agarré con fuerza á uno de los cables. El huracán sacudía nuestras cabelleras, y el agua nos golpeaba el rostro y nos penetraba. Los rayos nos iluminaban con su luz lívida y las olas, como aves monstruosas, daban aletazos entre las tinieblas en los costados del vapor.....

Poco á poco la tempestad se fue calmando. Á las dos de la mañana bajamos al salón, donde todavía estaban las mujeres. Les dije que ya todo había pasado y no fue poco el susto de la madre al vernos á Carlos y á mí empapados. Todo lo adivinó. Enjugó al niño y nos despedimos para ir á reposar las pocas horas que faltaban para amanecer.

Nos habíamos sentado á la mesa. Todos charlábamos alegremente. La conversación versaba sobre los acontecimientos de la noche. Un caballero español preguntó al niño.

—Y Ud., amiguito, que tal, tuvo miedo?

—Yo no dijo Carlos, yo me fui con mi amigo á ver la tormenta, y créalo, que aquello era muy bonito. Yo no soy miedoso, como ese señor, dijo señalando al anciano de la balija, que en cuanto oyó tronar se echó así, y tenía una caja vacía de pasas y se puso de bruces, haciendo que lloraba sobre ella.

La ocurrencia del muchacho causó la hilaridad, que en vano fué de ocultar todos nosotros, y el anciano se fue todo corrido de la mesa.

Alas 4 de la tarde me despedía de mi amiguito cuyo recuerdo tengo siempre presente.

De esto hace ya muchos años ¡quien sabe si Carlos se acuerde de mí como yo de él!

JUAN MARIA CUÉLLAR